

Noche de lluvia



7

Llovía y llovía de forma interminable desde hacía varias semanas. En aquel lugar del mundo solo se respiraba agua. Caía mansa, lenta e implacable, llenando cualquier espacio y formando charcos que se quedaban porfiados esperando renacuajos.

Ella contemplaba la lluvia sin el menor asombro. Desde su camastro dentro de la carpa veía las gotas convertirse en hilos líquidos llenando los baldes y los cuencos que ocupaban la estancia. La lona blanca ya tenía manchas de humedad, que se extendían como nubes oxidadas y le recordaban que afuera todavía había un cielo. Las escolopendras, aburridas ya de tanta lluvia, se escondían entre las costuras buscando refugio y sus cuerpos anillados y con muchas patas se escurrían entre la tela dura esperando que escampara. La luz del farol colgando de un gancho del techo y una lámpara de aceite sobre una mesa apenas alumbraban el suelo, en donde el

barro tapizaba todo de un marrón rojizo y solo algunas lombrices se contorsionaban, cansadas de tanto estirarse sin poder ir a ninguna parte.

No había una sola noche en la que Noiré no recordara el terrible momento de su caída. Y mientras contemplaba la oscuridad empapada a través de la tela abierta de la entrada ni siquiera el canto de las ranas la distraía de sus dolorosos recuerdos.

8 Ella se estiró en la cama y apoyó su cabeza sobre la almohada, donde había colocado un ramito de flores de lavanda para que no oliera tanto a humedad. El repiqueo de las gotas cayendo dentro de los cuencos sonaba como una música acompasada y acuosa que le estrujaba el corazón. Los recuerdos volvían nítidos, imparables, y ella, resignada, los dejaba venir como un enjambre de polillas atraídas por la luz. Sintió el vértigo de la altura, se vio a sí misma en lo alto de la torre, casi tocando el techo de la carpa del gran circo. Los ojos de los espectadores clavados en su frágil cuerpo esperando el momento en que se lanzaría por el aire. Le temblaban las delgadas piernas y sus manos sudaban. Elevó la mirada y vio venir el trapecio, adornado con cintas que flameaban a los costados de la cuerda. No había red y su triple salto mortal era el último número de la noche. Los reflectores tenían sus antorchas encendidas y una multitud de espejos iluminaban el cielo de la carpa y el cuerpo esbelto de la trapecista. Un segundo antes de tomar el trapecio lo buscó con la mirada. Allá abajo, a un costado de la arena estaba él. Un ángel de lentes oscuros y redondos, y las

plumas grises asomaban debajo de su abrigo marrón. La miró como siempre y ella se irguió segura y elegante. Las palmas del público iban en aumento, por eso dio un par de pasos con gracia e hizo una reverencia. Sintió que lo quería, que nada malo podría ocurrirle porque él estaba allí para salvarla si algo no salía bien. Era la primera vez que se animaba a dar un salto mortal sin red y su corazón palpitaba acelerado. Tomó el trapecio y se lanzó al vacío. Las luces la seguían como hipnotizadas y sus tules azules y violetas se deslizaban cortando el aire. Al llegar a la mitad del recorrido, las manos entalcadas se soltaron y dio tres vueltas espectaculares como si estuviese suspendida. La multitud contuvo el aliento. El cuerpo flexible se volvió a estirar y en el momento de tomar el trapecio que venía hacia ella una de sus manos resbaló. El tiempo se detuvo por un momento y Noiré sintió un miedo que le estrujó el pecho. No había red, lo sabía. Se precipitó al vacío desde lo más alto al tiempo que un grito de horror crecía desde las gradas. Entonces pensó en él. Para eso había venido, para salvarla de cualquier accidente. Dejaría su abrigo y volaría con sus alas gastadas hasta ella y la atraparía. El cuerpo frágil comenzó a caer en picada, sus ojos lo buscaron y lo descubrió quieto, estático, como si se hubiera convertido en un extraño, en un simple mortal con alas. Apenas se elevó unos centímetros del suelo, pero no voló. El choque del cuerpo contra la arena fue terrible, quedó tendida como una muñeca rota, pero lo más triste eran sus ojos, sus inmensos ojos abiertos como platos que no podían creer, que

no podían entender que no hubiera volado. Nunca nadie había visto tanto desamparo. Ella quedó tirada en medio de la pista mientras corrían a socorrerla, el ángel se fue con las manos dentro de su abrigo, debajo de sus lentes oscuros sin embargo había lágrimas. Se fue caminando entre la muchedumbre y ella apenas logró entrever un par de plumas grises y luego se desmayó.

Había pasado mucho tiempo desde aquella noche y sin embargo los recuerdos volvían como si hubiese sido ayer.

10

No quería pensar más, pero el cuerpo le dolía otra vez, como esa noche. La sensación de intemperie que sintió fue tan fuerte que se le acurrucó en el corazón y a partir de ese día no pudo volver a confiar en nadie. Una parte de ella se había quedado tirada en el suelo de arena y aserín.

La lluvia finalmente cesó cerca de medianoche y por un momento pareció que el mundo se había detenido. Ahora no quería pensar más en el ángel, había sido una equivocación terrible haber confiado en él. Debía concentrarse en el presente, y por eso hurgó debajo de la almohada y encontró de nuevo el sobre.

Lo miró a trasluz frente al farol, era una carta, pero el papel al parecer era muy grueso y no se podía descifrar ni siquiera una palabra. No tenía remitente, pero el nombre que lucía escrito con una caligrafía muy prolija y tinta azulada no dejaba dudas: estaba dirigida al dueño del circo. Se puso un par de botas húmedas, se envolvió en un chal y salió a la noche saturada de agua. Corrió

entre los charcos y esquivó ranas y algunos sapos llevando la linterna de aceite en una mano y el sobre en la otra. Se detuvo frente al carromato rojo y negro. Golpeó dos veces y la puerta se abrió de golpe. Un hombre delgado y altísimo la miró intensamente. Noiré sintió pánico y tuvo ganas de echar a correr, sin embargo juntó coraje y le tendió la carta. El hombre la tomó y leyó su nombre escrito en tinta: Zamir Teleschenko.

—Gracias —dijo secamente y cerró la puerta.

11

Ella no respondió, solo quería escapar de aquel hombre y de su mirada oscura y penetrante, le causaba temor. Por eso se fue chapoteando entre los carromatos y las otras carpas. Cuando por fin llegó a la suya, la cerró y se metió debajo del edredón. La noche siguió su curso y, a pesar del canto insistente de los sapos y de las ranas, en el cielo se colaron algunas estrellas.